

ejércitos árabes y españoles peleaban juntos; cautivos musulmanes eran educados por los cristianos y los hacían sacerdotes, como los *clérigos sacricantores* de Alfonso el Casto; sacerdotes cristianos eran hechos cautivos por los sarracenos, y con sus predicaciones convertían después á los musulmanes como San Víctor (1); renegados de una y otra religión que se pasaban á los dominios contrarios; capitulaciones, cartas, embajadas, y por último enlaces matrimoniales entre súbditos y aun entre príncipes de ambos pueblos. Todas estas relaciones no podían menos de producir mezclas en los idiomas, y no extranamos que Marina señale la lengua árabe como una de las que se inocularon mas en la que hoy se habla en Castilla (2); ni que Escaligero dijera que eran tantas las voces árabes que se encontraban en España, que podía hacerse de ellas un lexicon completo (3). Y aunque no carezca de razon un crítico moderno cuando dice, «que entrando en el exámen de la afinidad de las lenguas por el significado de ciertos vocablos y por el análisis, se entra en un laberinto y se prueban los mayores absurdos,» tales pueden ser las afinidades, y tan numerosas las voces y de tan clara procedencia, que no pueda ponerse en duda su origen, y no hay sino abrir el vocabulario español para hallar multitud de palabras cuya raíz, sabor y sonido árabe es imposible desconocer.

Mientras así se formaba la lengua en el Norte de España, los cristianos del Mediodía de tal manera llegaron á arabizarse, que al decir del ilustre cordobés Pablo Alvaro (4), á mediados del siglo IX apenas se encontraba en aquella tierra quien supiese escribir bien una carta en latin, habiendo por el contrario muchísimos que hacían elegantes y muy correctos y limados versos en árabe. Y esto hubiera acontecido de todos modos con el trascurso de los tiempos, y aun cuando el emir Hixem no hubiera prohibido, como prohibió, que se enseñase el latin en las escuelas de los cristianos, y ordenado el uso del árabe para todas las transacciones sociales.

Entre tanto en el Oriente de España, en la Cataluña ó condado de Barcelona, formábase tambien otra lengua, nacida, como la castellana, del latin corrompido y modificado con los idiomas y dialectos de los pueblos de raza germánica que se establecieron en el Mediodía de la Francia, con quienes en tan inmediatas y tan largas relaciones estuvieron aquellas regiones españolas. Este idioma, construido tambien sobre las ruinas del romano, fué el provenzal ó lemosin, del que dijo nuestro historiador Gaspar Escolano: «La tercera lengua maestra de las de España es la lemosina, y mas general que todas.... por ser la que se hablaba en Provenza, y toda la Guayna, y la Francia Gótica, y la que agora se habla en el Principado de Cataluña, reino de Valencia, islas de Mallorca, Minorca, etc. (5).» Y hablábase en efecto el lemosin en la larga zona comprendida desde las fronteras de Valencia y parte de Aragon, Cataluña, la Guiena, Languedoc, Provenza, y la Italia Septentrional hasta los Alpes: era la lengua de los célebres *trovadores provenzales* (6).

No insistimos ahora mas sobre este punto porque la historia y los documentos nos irán mostrando cómo el idioma, siguiendo la misma marcha que la nacion, se fué formando como ella sobre los fragmentos incoherentes y dispersos ar-

(1) Florez, Esp. Sagr. tom. 28: Apéndice III.—El mismo Florez, y Berganza en sus Antiquidades traen documentos de fundaciones religiosas, en los cuales se leen, entre los nombres de los firmantes, no pocos de presbíteros ó clérigos, ó con muy poca alteracion, ó completamente árabes, como *Meliki presbiter*, *Marianus presbiter*, *Alaytrac presbiter*, *Ayub diaconus*, *Mohamudi diaconus*, etc.

(2) Memoria sobre el origen y progresos de la lengua, y especialmente del romance castellano, inserta en el tomo IV de las de la Academia de la Historia.

(3) Joseph. Escalig. Epistole: epist. 228 ad Isaacum Fontanum.

(4) En su *Indiculus luminosus*.

(5) Hist. de Valencia, part. I, lib. 1, cap. 14.

(6) «Tal vez, añade un moderno escritor francés que suele hablar con acierto de las cosas de España, tal vez en Cataluña y Aragon tomó origen el uso de la lengua provenzal, porque los catalanes en su famosa *Proclamacion católica* recuerdan al rey de España, como uno de sus principales méritos, que los primeros padres de la poesia vulgar fueron los catalanes...» Viardot, Hist. de los árabes de España, part. II, capítulo 2.

raneados á anteriores dominaciones, que unidos con el tiempo habian de constituir una nacion y una lengua propia, abundante y rica.

CAPÍTULO XIV

Abderrahman III en Córdoba.—Desde García hasta Ordoño III en Leon

DE 912 Á 950

Toma Abderrahman el título de *Califa* y de *Emir Almumenim*.—Dedícase á pacificar la España musulmana.—Vence á Caleb ben Hafsun.—Persegue y somete á los rebeldes de Sierra Elvira.—Breve reinado de García, primer rey de Leon.—Eleccion de Ordoño II.—Recobra Abderrahman á Zaragoza.—Muerte del famoso revolucionario Ben Hafsun.—Triunfo de Ordoño II sobre los árabes en San Esteban de Gormaz.—Derrota de los reyes de Leon y Navarra en Valdejunquera: resultados de esta batalla.—Llega Ordoño II hasta una jornada de Córdoba.—Prende y ejecuta á cuatro condes de Castilla.—Muerte de Ordoño II.—Efímero reinado de Fruela II.—Jueces de Castilla: Lain Calvo y Nuño Rasura.—Alfonso IV de Leon.—Gloriosos triunfos de Abderrahman.—Apodérase de Toledo.—Ramiro II de Leon.—Encierra en un calabozo á su hermano Alfonso y á sus tres primos, y hace sacarlos los ojos.—Su primera campaña contra los sarracenos: toma y destruye á Madrid.—El conde Fernán Gonzalez.—Célebres batallas de Simanca y Zamora; triunfos de Ramiro II.—Tregua con Abderrahman.—Prision y libertad de Fernán Gonzalez.—Muerte de Ramiro II y elevacion de Ordoño III.

Llegamos á uno de los reinados mas brillantes de la dominacion árabe en España; pero tambien comienza á complicarse la historia de esta nacion, abriéndose nuevos teatros á los sucesos.

Reinaba García en Leon; gobernaban sus dos hermanos Ordoño y Fruela la Galicia y Asturias, como condes ó señores, ó si se quiere con el título honorario de reyes; á Borrell I habia sucedido Sunyer en el condado de Barcelona (7); y en Navarra seguia reinando Sancho García ó Garcés, cuando subió al trono de los Beni-Omeyas el nieto de Abdallah, el hijo de Mohammed el *Aseginado*, el joven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la corte de Córdoba, el mas hermoso de los musulmanes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderrahman, de quien anunciamos habia de ser la gloria y el orgullo de los Omniadas, de quien dijo Ahmed Almakari, «que Dios le habia dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo mas léjos que ninguno de sus predecesores.» Todos los pueblos y todos los partidos recibieron con júbilo la proclamacion de aquel joven de veintidos años, á quien conocian ya por su discrecion y sus virtudes. Los partidarios de Abdallah veian en él al predilecto de su abuelo; los muztitas no recelaban de un príncipe cuyo padre habia sido sacrificado por su propia causa; y hasta los cristianos andaluces, despues de las persecuciones sufridas, miraban con aficion al primer soberano musulman por cuyas venas corria sangre cristiana, porque «la madre que le parió (dice la crónica árabe) se llamaba Maria, hija de padres cristianos (8).»

Fué el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califa á imitacion de los de Bagdad, abusivamente dado por nues-

(7) Y no Miron, como suponen casi todas nuestras historias, incluidas las de Cataluña, hasta que en la obra antes citada del archivero Bonifacio se fijó la verdadera cronología de los condes. Es extraño que habiéndose publicado esta obra en 1836, y habiendo dado á luz tres años despues el diligente Carlos Romey el tomo III de su Historia de España, haya incurrido en el mismo error cronológico, haciendo á Miron sucesor de Wifredo el Velloso, cuando mediaron entre los dos Borrell, Sunyer ó Suniario, y Borrell II. Acaso no conoceria aun los *Condes de Barcelona vindicados*.

(8) Conde, cap. 68.—Segun un MS. del Escorial á que se refiere Morales, Abderrahman III era nieto de Abdallah y de Iniga, hija de García Iniguez el de Navarra, la cual fué cautivada en la batalla de Aybar en que murió su padre. Mohammed, hijo de esta cristiana, se casó tambien con otra, llamada Maria, de quien nació Abderrahman.

tros historiadores á los que le habian precedido. Y deseando honrarle los pueblos le dieron tambien otros como el de Imam, de *Al-Nassir Ledin Allah* (amparador de la ley de Dios), y de *Emir Almumenim* (príncipe de los fieles), de que los cristianos hicieron por corrupcion *Miramamolín*. Fué el primero tambien que hizo grabar su nombre y sus títulos en las monedas, que hasta entonces no se habian diferenciado de las de los califas de Oriente sino en la indicacion del año y lugar en que se acuñaban. En las de Abderrahman se leia de un lado esta frase sacramental: *No hay mas Dios que Dios, único y sin compañero*: circundada de una orla que contenia estas palabras: *En el nombre de Dios, este dirhem* (ó dinar) *ha sido acuñado en Andalucía* en tal año. De otro lado: *Imam Al-Nassir Ledin Allah Abd el-Rahman Emir Almumenim*; y por último, la leyenda siguiente: *Mahoma es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para anunciar la verdadera religion, y hacerla prevalecer sobre todas las demás, á despecho de los adoradores de muchos dioses*. La naturaleza de los caracteres árabes y el carecer sus monedas de busto permitian tan largas inscripciones. A partir de este reinado muchas de ellas llevaban tambien el nombre del hajib ó primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerogativas de estos primeros funcionarios.

Dedíose antes de todo Abderrahman á pacificar la España musulmática, y dirigiendo sus miras hácia los hijos del rebelde Hafsun que seguian apoderados de Toledo, de algunas ciudades del Mediodía, y de gran parte del Este de España, hizo un llamamiento general á todos los buenos musulmanes, los cuales acudieron en tanto número á la voz del nuevo califa, que para que las familias no quedaran sin apoyo y los campos sin cultivo, fué menester limitar las huestes, quedando reducidas á cuarenta mil hombres, distribuidos en ciento veintiocho banderas. Al frente de este ejército se encaminó Abderrahman hácia Toledo. Sometiéronsele pronto las fortalezas de la comarca, y no atreviéndose Caleb ben Hafsun á sostener la campaña, salió en busca de refuerzos á la España Oriental, dejando encomendada la defensa de Toledo á su hijo Giafar. Siguióle allí el califa: su tío el valeroso Almudhaffar, bien conocido ya de los rebeldes, guiaba la vanguardia y se encargó de dirigir el combate. Pronto se encontraron con los enemigos en una espaciosa llanura á propósito para los horrores de una batalla campal, entre Toledo y las montañas de Cuenca. Prévias algunas ligeras escaramuzas entre las avanzadas de uno y otro ejército, empeñáronse en la lid ambas huestes en medio de espantosos alaridos y al ruido de las trompetas y añafles (1). Algun tiempo estuvo incierta la victoria. Al fin la numerosa caballería de Abderrahman desordenó las filas contrarias, y siete mil cadáveres enemigos quedaron cubriendo el campo del combate; el triunfo costó al califa tres mil hombres: Ben Hafsun se retiró á Cuenca con fuerzas respetables todavía. Era la primera batalla en que se encontraba el joven Abderrahman y se estremeció de ver tanta sangre musulmática derramada; los heridos de uno y otro partido le merecieron igual solicitud, y mandó que se curara á todos con esmero (913).

La continuacion de aquella guerra quedó al cuidado del entendido y leal Almudhaffar, y el califa se volvió á Córdoba acompañado de los principales jeques de las tribus andaluzas y de los jefes de su guardia particular. Poco tiempo permaneció en la corte del imperio. Habia entrado en su ánimo antes que todo sosegar las turbulencias instestinas y calmar los enconos de los partidos, y con este objeto se dirigió á las sierras de Jaen y Elvira, donde se abrigaban rebeldes que no cesaban de inquietar al reino. Cuál seria la política, la prudencia, la dulzura y la confianza que inspiraba el joven califa, demuestranlo los resultados. Los mas poderosos y altivos guerrilleros de aquellos montes no solo le rindieron las armas, sino que pidieron emplearlas en su servicio y ayudarle á acabar la guerra civil. Tales fueron el ya célebre Azomar, señor de Alhama, y el famoso Obeidallah, señor de Cazlona y jefe de los sediciosos de Huesca y de Segura. El generoso Abderrahman no solo los recibió con benevolencia, sino que nombró al prí-

(1) *Al nafil*, una de las muchas palabras árabes que quedaron en nuestro idioma.

mero alcaide de Alhama, y al segundo wali de Jaen. Valióle esta conducta la sumision de mas de doscientos alcaides de poblaciones fuertes que tremolaron en sus almenas el pendon real con gran contento del país. Despues de lo cual regresó Abderrahman á Córdoba, y fué recibido del pueblo con inexplicable regocijo (915).

¿Qué era entre tanto de los reyes de Leon? Las crónicas musulmanas no hablan de guerras con los monarcas cristianos en los primeros años de Abderrahman, ni los mencionan siquiera. Pero suplen este vacío las crónicas cristianas. Por ellas sabemos que el primer rey de Leon, García, hizo el primer año de su reinado (910) una expedicion contra los moros de Hafsun, en que habiendo talado y quemado á Talavera, volvió con gran botín y cautivos, entre ellos el caudillo Ayola, que por descuido de los conductores logró fugarse (2). Que dotó, segun costumbre, varias iglesias y monasterios, entre ellos el de San Isidoro de Dueñas, y que murió en Zamora despues de un reinado de poco mas de tres años (desde diciembre de 910 á enero de 914). A su muerte, reunidos los grandes de palacio y los obispos del reino para el nombramiento de sucesor, con arreglo á la antigua costumbre de los godos, fué electo rey de Leon su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, y que ya en mas de una ocasion habia aterrado á los musulmanes con sus arrojadas excursiones hasta el Guadiana. Así volvieron á reunirse bajo un cetro Leon y Galicia, momentáneamente separadas (3).

Ocupábase Abderrahman, despues de los triunfos de Jaen y Elvira, en embellecer y agrandar los pueblos, mezquitas, fuentes y otros edificios de Córdoba y de otras ciudades de Andalucía, cuando recibió cartas de su tío Almudhaffar noticiándole sus ventajas contra los rebeldes de Ben Hafsun, á quienes de tal manera habia acosado que ni se atrevian ya á entrar en las poblaciones, ni se tenian por seguros sino en las fragosidades mas ásperas de las montañas; añadiendo que para acabar de exterminarlos era menester reunir toda la gente de armas de la tierra de Tadmír, y perseguirlos sin tregua ni descanso, y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Penetrado el califa de las razones de su tío, escribió sobre la marcha á los gobernadores de Valencia y Murcia, para que al apuntar la primavera tuviesen toda su gente aparejada y pronta para entrar en campaña: él mismo partió con su caballería á la provincia que conservaba el nombre de Tadmír: recibieronle con entusiasmo en Murcia, Lorea y Orihuela, visitó las ciudades de la costa, Elche, Denia, y Játiva, detúvose unos dias en Valencia, y de allí por Murviedro, Nules y Tortosa siguió por la orilla del Ebro hasta Aleaniz, donde se presentaron á hacerle sumision multitud de jefes que habian sido del partido de Ben Hafsun.

Dirigióse seguidamente á Zaragoza, ciudad de muchos años ocupada por aquel rebelde, y donde por lo mismo contaba con numerosos parciales. Pero la fama de Abderrahman y de sus virtudes era ya grande; casi todos los habitantes se declararon por él, en términos que acordaron abrirle las puertas sin condiciones y sin otra fianza que su generosidad. No debió pesarle de ello, porque el califa recibió á todos con su bondad acostumbrada, publicó un indulto para todos los partidarios de Ben Hafsun que se hallasen en la ciudad ó se le sometiesen en un plazo dado, á excepcion del caudillo rebelde y sus hijos, de quienes exigia una sumision especial y con garantías que la asegurasen, y al dia siguiente entró en Zaragoza, dando un dia de júbilo á sus moradores. Gran prestigio ganó Abderrahman con la recuperacion de una plaza tan importante como Zaragoza, y tanto tiempo hacia desmembrada del imperio. Estas victorias alcanzadas sin efusion de sangre, prueban lo que puede un príncipe á quien antes que el aparato bélico y el esplendor de las armas ha precedido la fama de sus bondades y el brillo de sus virtudes.

Hallándose el califa en Zaragoza, cuya deliciosa campaña mostró agradecerle mucho, presentáronsele dos enviados de Ben Hafsun proponiéndole tratos de paz. El rey, dice la cró-

(2) Sampir. Chron. n. 17.

(3) Samp. ibid.—Silens. Chron. p. 295.—Sandoval, Cinco Obispos.—Morales, lib. 15.—Florez, t. 14